

todo aquello á que estamos obligados por justicia y por caridad. Y así en el cuarto grado dice, que son Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia. Y en el quinto, que son Bienaventurados los misericordiosos. En los últimos nos lleva á la perfeccion de la vida contemplativa. Y por eso dice en el sexto, que son Bienaventurados aquellos que tienen el corazon puro, porque ellos verán á Dios: quiere decir, le verán en la otra vida por la gloria, y en esta le conocerán por gracia de contemplacion. En el sétimo dice, que son Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios: esto es, Bienaventurados los que habiendo juntado la perfecta caridad con la contemplacion, habrán ordenado todas las cosas á Dios, y pacificado todo el reino del alma; y así serán hijos de Dios, semejantes al Padre, santos perfectos y puros. En la octava sentencia no hay nuevo grado de perfeccion, como dice S. Agustin; pero nos da una señal manifiesta, para conocer si la persona ha llegado á la perfeccion; y esta señal es el padecer con gusto las persecuciones injustas; porque así como el oro se prueba en el crisol, así el hombre justo y perfecto en las tribulaciones.

CAP. XV. De las siete obras de Misericordia
Corporales, y de las siete Espirituales.

D. Ahora falta que me declareis las obras de Misericordia, así Corporales, como Espirituales.

M. Las obras de misericordia Corporales son siete de las cuales las siete tenemos en el santo Evangelio, como es, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, hospedar al peregrino, visitar al enfermo, y consolar al preso. La sétima Obra de Misericordia es enterrar los muertos, la cual nos enseñó el santo Tobías y el Angel S. Rafael.

Las Obras de Misericordia Espirituales son tambien siete: enseñar al ignorante, dar consejo al que lo ha menester, consolar al afligido, corregir al que yerra, perdonar las ofensas, sufrir los defectos con paciencia y rogar á Dios por los vivos y muertos.

D. Hállase alguna cosa que nos excuse de hacer estas Obras de Misericordia?

M. Tres causas nos pueden excusar. La primera, es cuando la persona no tiene modo de hacerlas; así, aquel buen Lázaro mendigo, de quien se habla en el Evangelio, no hizo alguna Obra de Misericordia corporal, porque tenia necesidad de casi todas aquellas obras,

y así por la paciencia fué coronado: y esta es disposicion divina, para que los ricos se salven por via de la misericordia, y los pobres por via de la paciencia: y así, quien no tiene ciencia ni prudencia para sí, no está obligado á enseñar, ó dar consejo á otros. La segunda causa es cuando una persona sirve á Dios en un estado más alto, que no es la vida activa, y por razon de aquel estado no tiene ocasion de hacer muchas obras de caridad, como los santos Ermitaños, los cuales están encerrados en las soledades, ó en sus celdas á contemplar las cosas celestiales, no están obligados á dejar aquel santo ejercicio, por andar buscando á quien hacer obras de misericordia. La tercera causa es cuando la persona no halla quien tenga notable necesidad de su misericordia; porque no estamos obligados á socorrer sino aquellos que no pueden ayudarse por sí, ni tener otros que los puedan, ó quieran ayudar. Es verdad que la perfecta misericordia no espera el tiempo de obligacion, sino que está pronta para socorrer (de la mejor forma que pueda) á todos aquellos que pudiere.

D. Me parece que la última obra de Misericordia, que es rogar á Dios por el prójimo, todos lo podemos hacer.

M. Así es, y por esto también los santos

ta años que no se confesaba, en el cual tiempo mató á más de cien hombres, robado á di-

Ermitaños hacen obras de misericordia, porque ruegan á Dios, que socorra con su gracia á todos aquellos que lo han menester.

Acerca de las Obras de Misericordia os quiero contar algunos ejemplos, no de todas, sino algunas, para excusar prolijidad.

Ejemplo primero.

Por muchos y maravillosos medios ha querido manifestar Dios nuestro Señor cuanto puede con su Divina Majestad la misericordia usada con los pobres. En la ciudad de Nínive hubo marido y mujer, ella cristiana, él gentil, y aunque pobres, por cierta ventura se hallaron una vez con cincuenta ducados: y pareciéndole al marido, que para no consumirlos seria bien darlos á logro, lo comunicó con su mujer, la cual como cristiana y prudente le dijo, que era bien darlos á logro, al Dios que adoran los Cristianos. Y dónde está ese Dios? dijo el marido. Yo te lo mostraré, dijo ella: y si se lo das, yo te aseguro, que sin duda te dará los réditos aventajados, y el principal doblado. El dijo, que se los queria dar; y la buena y devota mujer le llevó á la Iglesia, donde le mostró muchos pobres, diciéndole, que dándolos á aquellos, los recibiria y pagaria el Dios de los Cristianos. Repartiólos entre ellos con mucha alegría, y

y así por la paciencia fué coronado: y esta es disposicion divina, para que los ricos se sal-

se volvió á su casa. Tres meses despues de lo dicho comenzó este buen hombre á tener necesidad, y dijo á su mujer: Necesidad tenemos, y no veo que tu Dios nos acuda con rédito alguno de aquello que le dimos. No dudes (dijo ella) sino que lo dará: ve al lugar donde los repartiste, y verás como eres socorrido. Fuese á la Iglesia, y aunque dió vueltas por ella, no halló quien le diese nada, ni sabia á quién pedir, porque no veía sino los pobres á quien repartió su dinero. Estando, pues, con alguna congoja pensativo, vió á sus piés uno de los escudos que habia dado á los pobres. Tomóle, y llegando á su casa, dijo á su mujer: He ido donde me dijiste; pero ninguno he hallado que me diese cosa alguna, sino que en el suelo me hallé este escudo. Ella como prudente le dijo: Sabe que el Dios de los Cristianos obra con mano y poder invicible, y así él te ha enviado este escudo, aunque tú no le has visto: vete con eso, y compra de comer para hoy, que despues el Señor nos volverá á proveer. Fué el buen hombre, y compró pan vino y un pez, y se le dió á su mujer, la cual abriéndole para labarle, halló dentro de él una piedra tan rica, que la mujer no sabiendo qué cosa era, quedó maravillada de su grande hermosura. Se la mostró

ta años que no se confesaba, en el qual tiempo mató á más de cien hombres, robado á di-

á su marido, y quedó no menos maravillado de su belleza, que la mujer; y en acabando de comer, aunque no sabia qué piedra fuese, le pareció llevarla á vender. El Lapidario que la vió, le preguntó cuánto quería por ella? Dame (dijo él) lo que quisieres. Te daré cinco escudos, si me la quieres dar. Es posible, que me deis tanto por ella, ó me burlais? El Lapidario discurrió, que el dueño de la piedra hablaba burlándose de lo poco que le daba, y con esta persuasion le dijo, que le daria por ella hasta diez ducados; pero el buen hombre, entendiendo que se burlaba el Lapidario, calló. El Lapidario, viendo que él callaba, discurria que lo hacia como hombre que entendia le daba poco. Comenzó á añadir más precio, hasta jurar que le daría por ella cincuenta ducados; con lo cual comenzó ya el vendedor á estimar su piedra, y hacerse de rogar tanto, que llegó á darle por ella trescientos ducados. Fuése con ellos muy alegre á su mujer, la cual pensando que cuando mucho la habria vendido en diez ó doce reales, viendo trescientos ducados, quedó admirada; y glorificando la divina clemencia, dijo al marido: Ves aquí marido mio, cuán bueno, y cuán noble es el Dios de los Cristianos, que no solo te ha dado cincuenta que tú le diste, sino que en pocos dias

y así por la paciencia fué coronado: y esta es
disposicion divina. para que los ricos se sal-

te lo ha doblado seis veces; para que sepas
que en el cielo y en la tierra no hay otro si-
no él. El marido, tocado de Dios por me-
dio de este beneficio, y viendo por la experi-
encia lo que con solo una palabra ántes le
habia dicho su mujer, creyó, y se bautizó,
glorificando á Dios por la luz que le habia
dado, y dió las gracias á su mujer, con cuya
prudencia él habia mejorado en bienes del
alma y cuerpo.

Ejemplo segundo.

Al castillo de un tirano cruel, y poco li-
mosnero, que estaba en un desierto, llegaron
una noche de invierno dos Frayles de la Or-
den del Seráfico Padre San Francisco, des-
calzos, remendados, rotos, mojados, y pere-
ciendo de hambre. No osó la mujer del Ca-
pitan tirano recogerlos dentro del castillo por
miedo de su marido, que en extremo era in-
humano; y apiadándose de ellos, los mandó
esconder en un pajar esperando ocasion pa-
ra que, sin que su marido tuviese sentimien-
to de ello, les pudiese hacer alguna caridad.
Llegada la noche, y prevenida la cena con
diversidad de viandas, se puso la devota mu-
jer á llorar, estando sentada á la mesa, la
cual tenia puesta junto á una chimenea, por-
que el frío era muy grande. No poco espan-

ta años que no se confesaba, en el cual tiem-
po mató á más de cien hombres, robado á di-

tado el marido de ver llorar á su mujer que
mucho amaba, la preguntó la causa de sus lá-
grimas, y ella respondió: Lloro, señor mio,
por ver que nosotros, siendo tan grandes pe-
cadores, tenemos tanta abundancia de vian-
das á nuestra mesa, y la lumbre para defen-
dernos del frio, y tantos regalos con que con-
tentamos nuestra sensualidad, y habiendo lle-
gado á este nuestro castillo dos Frayles me-
nores, ni tienen lumbre para enjugar sus há-
bitos mojados, ni pan para comer, ni cama
donde dormir. Preguntando el Capitan don-
de estaban, y sabiendo que en el pajar, se le-
vantó de la mesa, tomando una vela en sus
manos, él mismo fué por ellos, y los hospedó
con mucha caridad: lavóles los piés, les enju-
gó los hábitos, sentados á su mesa, cenaron
juntos. Acabada la cena, el mismo Caballe-
ro los acompañó hasta entrar con ellos en el
aposento en que habian de dormir; adonde
como viesen los penitentes Religiosos la cama
tan curiosa y regalada, dijeron al Capitan;
Señor, nuestra costumbre es dormir sobre las
tablas ó paja, y si vos louviéreis por bien,
iremos al pajar de donde nos sacasteis. No
consentiré yo eso (dijo el Caballero) ántes
haré traer aquí paja, donde podáis reposar:
y fué el Capitan, acompañándole sus pajes,
y con sus propios brazos llevó toda la paja

y así por la paciencia fué coronado: y esta es disposición divina. para que los ricos se sal-

que era necesaria, para que aquella noche pudiesen dar descanso á sus fatigados cuerpos los siervos de Dios. Fué esta muy grande caridad y humildad. Edificado y movido el Capitan á dolor de sus pecados por medio del olor de santidad que los devotos Religiosos de sí daban, les preguntó: Padres, ¿si en el mundo se hallase un hombre tan malo y perverso, que hubiese treinta años que no se hubiera confesado, y en este tiempo hubiese hecho pasadas de cien muertes, más de cien mil ducados robados, y diversos y casi innumerables otros pecados, y arrepintiéndose de todos ellos, pidiese perdon á Dios con propósito de no ofender á su divina Majestad, le perdonaria el Señor? Respondió el más viejo: Señor, tened esto por muy cierto, que aunque uno cometiese tantos pecados mortales cuantos granitos de arena hay en el mar, hojas en los árboles, átomos en el aire, y estrellas en el cielo; en el mismo punto que de todo corazon se arrepintiese de ellos con verdadera contrición, se los perdonaría nuestro Señor. Animado el Caballero con esta respuesta, se postró á los piés del Religioso, adonde con sentidísimo dolor de su corazon y lágrimas de sus ojos, dándose golpes en el pecho, pedia perdon á Dios, diciendo: Que él era aquel atroz pecador, el cual habia trein-

ta años que no se confesaba, en el cual tiempo mató á más de cien hombres, robado á diversas personas muchos ducados, y cometido tantos pecados que no era posible poderse contar; pero con todo eso confiaba en el piadoso Padre de las misericordias, el cual por perdonar los pecadores, vino del Cielo á la tierra, derramó su sangre, y murió clavado en una cruz. Con esta confianza rogó humildemente el contrito pecador al Religioso, que era Confesor, tuviese por bien de confesarle en aquel mismo punto, porque tenia grande temor no le faltase el tiempo para poderlo hacer. Respondióle á esto el discreto Religioso: Como vuestros pecados son muchos y muy graves, será bien, Señor, que con diligencia penseis en ellos, examinando bien vuestra vida, os confesareis de espacio: pues nosotros no nos iremos de este castillo hasta tanto que cumplais vuestro gusto y necesarios deseos y si en este tiempo muriereis, el Señor que ve vuestro corazon contrito, se apiadará de vos, y os dará su santo Reino. Con estas palabras se fué consolando el Capitan á su cama quedando los Religiosos recogidos en su aposento, rogando al Señor por la salvacion del contrito pecador. Perseverando en la oracion, le parecia al que prometió confesarle, que le hallaba delante del tribunal de Cristo, el

cual estaba sentado en juicio, y que delante su divino acatamiento fué presentada el alma de aquel Capitan. Acusábanle los demonios de cuantos pecados habia cometido desde su niñez, pidiendo con mucha instancia lo entregase en sus manos, para que sin fin la atormentasen con las llamas del infierno. Puesta en tanto aprieto, fué aconsejada por el Angel, que viese en el Cielo si hallaba algun Santo á quien hubiese hecho algun servicio, y que á este tomase por su defensor y patron. Volviendo sus ojos, vió al Seráfico Padre S. Francisco cerca del justo Juez, á quien suplicó tuviese por bien de favorecerla en aquella tan estrecha necesidad y angustia en que estaba puesta. El glorioso Padre, que siempre intercede por los que se apiadan de sus Religiosos, suplicó al Señor fuese puesta toda su mala vida á una parte, y la caridad que á sus Frailes hizo á otra, y la parte que más pesase, esta quedase en favor del alma: fué el divino Juez contento, y le parecia al Religioso, que puso el Beatísimo Padre toda la paja que el Caballero llevó para hacer la cama á los Religiosos, en una balanza, y los demonios todos los pecados en otra, pesando más la paja, bañada en lágrimas, que habia derramado por sus pecados, y enriquecido con la caridad, con la cual se mo-

vió el Capitan á tanta piedad, juzgó el justo Juez, que por la caridad que aquel pecador hizo á los Frailes, y por el verdadero dolor y contricion que tuvo de sus pecados, se le perdonaban todos, y entregaba el alma al Padre San Francisco, para que él la llevase al cielo, y colocase en el lugar que le convenia, donde perpétuamente gozase de Dios. Confusos los demonios, se partieron á las tartáreas regiones. Volviendo en sí el Religioso, fué con gran prisa al aposento adonde el Capitan dormia, y le halló muerto, con las manos puestas en cruz sobre el pecho, y con el rostro tan hermoso que más parecia de santo que de pecador.

Ejemplo tercero.

Á San Paulino, Obispo de Nola, dice S. Gregorio Papa, que vino una muy pobre viuda, y le rogó, que le diese alguna limosna para rescatar un hijo que tenia en Africa en poder del yerno del Rey de los Wándalos, á la cual respondió el Santo, que ya no tenia cosa que darle sino á sí mismo, que le tomase á él, y le entregase al yerno del Rey por su hijo, que él de buena gana le serviria por él. Y como ella hiciese donaire de esto, el Santo con su grande elocuencia la dió tantas razones, y tan eficaces que la persuadió á hacerlo,

Pasaron los dos á Africa, y la viuda pidió al yerno del Rey, que le hiciese merced de darle su hijo, y como no lo alcanzase, le dijo, que á lo menos le trocarse por aquel hombre que allí le ofrecia. Miróle el bárbaro, le pareció bien la compostura y modestia de su rostro, y le preguntó si sabia algun oficio; el Santo respondió, que no, si no fuese el de hortelano para cultivar una huerta. Contentóse con esto, y dió su hijo á la viuda, y entregó á Paulino una huerta suya, para que tuviese cargo de ella. Hacíalo Paulino con mucho cuidado, y se esmeraba en ella, y cada dia enviaba á su amo de las yervas y flores de la huerta algun regalo; y el mismo bárbaro se holgaba mucho cuando entraba en pláticas con su hortelano, por gustar mucho de sus razones, y dejando á los otros sus amigos, venia muchas veces á hablar con él, y á preguntarle diversas cosas, por hallarse varon muy sabio y prudente. Pasó la conversacion tan adelante, que Paulino dijo en secreto á su amo que mirase por sí, y por sus cosas, porque el Rey su suegro habia de morir presto. Descubrió este secreto el yerno al suegro, y queriendo el Rey ver á Paulino, dieron traza de que viniese estando los dos comiendo, como quien les traía algun recado de su huerta. En viéndo-

le el Rey, se quedó helado, y dijo á su yerno, que debia de ser verdad lo que aquel esclavo le habia dicho, porque la noche ántes en sueños habia visto algunos jueces, y entre ellos á aquel hortelano sentado en un tribunal, y que por su mando le quitaban el azote que tenia en las manos. Pregúntale tú (dijo el Rey) aparte, y en puridad quienes, porque no es posible que sea el que en el exterior parece. Preguntóselo á Paulino su amo, y le apretó de manera, que aunque él lo quiso encubrir, no pudo dejar de decirle, que era Obispo; y oyéndolo su amo se turbó, y le dijo, que mirase lo que queria, porque él deseaba que volviese cargado de dones á su tierra. Y como el Santo no quisiese oro ni plata, sino solo dos Cristianos cautivos de su Obispado, el bárbaro los mandó buscar, y poner en una nave, y la cargó de trigo, con la cual el santo Obispo, vencedor de sí mismo, del mundo, de los tiranos, del demonio, y del infierno, y como quien hacia el triunfo de la caridad, volvió á Nola, y fué recibido de sus ovejas con la alegría y regocijo que se puede considerar. Y como el santo lo profetizó, así sucedió la muerte del Rey dentro de pocos dias.

Ejemplo cuarto.

Un Senador muy noble y rico hizo una casa de placer junto al camino real, para mos-

trar cuantas eran sus riquezas y poder; y encima de la puerta mandó esculpir estos versos: *Decretum dedit ne dormiat, aut epuletur hic gens villana, sed Achilles, Plato, Diana, que quiere decir: Este decreto se ha de guardar en esta, que no duerma, ni coma gente villana, sino Aquiles, ó Platon, ó Diana; dando á entender que en aquella casa no durmiese, ni comiese, sino fuese algun Caballero estremado, como Aquiles; ó filósofo, como Platon; ó alguna dama noble y principal, como Diana.* Andando el tiempo, un dia fué arrebatado en espíritu, y llevado á juicio, y el Señor le dijo: Pues procuras excluirme á mí y á los míos de tu casa de placer, no sin razon te excluiré yo de la mia, que es esta del cielo. El Senador quedó espantado oyendo tales palabras, y no hallando quien le favoreciese, volvió los ojos á la Madre de Misericordia, y le pidió le socorriese, aunque no merecia que le diese favor alguno. La Virgen gloriosa se movió á misericordia, é intercedió por él, y le alcanzó perdon, y le amonestó, que se diese á la hospitalidad, y á recibir los peregrinos, y que quitase los versos de la puerta, y pusiese los siguientes: *Muta decretum, sanctum recipe cætum, nudum Martinum, Lazarum et Jacobum peregrinum, que quiere decir: Muda el decreto, y recibe las com-*

del cuerpo, y tambien la muerte eterna del alma, si ántes de morir no somos libres del

pañías de los Santos, al desnudo Martin, á Lázaro, y á Santiago el primero. Significando por esto, que acogiese en aquel su palacio á los pobres desnudos, que eran significados por San Martin; y á los enfermos y débiles, que son como Lázaro; y á los peregrinos y desterrados, que se entienden por Santiago. Y así con los rayos de la estrella de la mar este Senador, que andaba engolfado por el mar de este siglo, fué enderezado y guiado, hasta que llegó á Jerusalem, Ciudad Celestial.

Ejemplo quinto.

Sobrevino en Borgoña una hambre general, y tanto opretó á las gentes, que los pueblos se esparcian por toda la tierra, unos á unas partes, y otros á otras; y no habia persona que favoreciese á tantos pobres. Vivía á la sazón en Borgoña un caballero nobilísimo, de linage de Senadores, y cercano pariente de los hunos, llamado Edicio, el cual viendo que no salia nadie á la empresa de favorecer aquella necesidad, él solo se encargó de ella, y envió á sus criados con carros y caballos, para que buscasen, y le llevasen todos los pobres y necesitados de las ciudades y poblaciones comarcanas; y ellos los llevaron como les estaba mandado, y fueron en número

trar cuantas eran sus riquezas y poder; y en-
 cima de la puerta mandó esculpir estos ver-

de más de cuatro mil hombres y mujeres. Y el buen Caballero los repartió por diversas casas y aposentos, y les dió todo lo necesario en todo el tiempo que duró aquella hambre: despues quando vino la cosecha y abundancia, los hizo llevar á sus propias casas de la manera que los habia traído. No mucho despues oyó una voz que bajaba del Cielo, que le dijo: Edicio, Edicio, porque hiciste cosa tan heróica, no faltará pan eternamente á ti y á tu posteridad; pues obedeciendo á mis palabras, saciaste mi hambre, socorriendo á mis pobres.

CAP. XVI. De los vicios y pecados en general.

D. Ya será tiempo que me enseñeis, qué cosa sea vicio y pecado para huirlo, así como me habeis enseñado las virtudes, y las buenas obras, para alcanzarlas.

M. El pecado no es otra cosa, que una comision, ú omision voluntaria contra la Ley: donde habeis de considerar, que tres cosas son necesarias para hacer el pecado. Primeramente, que sea alguna comision ú omision; esto es, hacer, ú obrar alguna cosa prohibida, ó no hacer una cosa, que nos está mandada como (por ejemplo) el blasfemar es comision; el no oír Misa es omision. Lo segundo es menester, que esta comision ú omision sea contra la Ley de Dios, porque esta Ley es

del cuerpo, y tambien la muerte eterna del alma, si ántes de morir no somos libres del

regla del bien obrar, de la manera que le arte del fabricar es regla de bien fabricar: y así como el artífice no se puede decir que es buen artífice, ni que fabrica bien, quando no lo hace segun su arte, así el hombre no vive bien, ni es buen hombre, quando no sigue la Ley de Dios. Y por la Ley de Dios no se entiende aquella sola que él ha dado por sí mismo, como son los diez Mandamientos; pero tambien aquella que nos ha dado por medio del Papa y de los otros Superiores, así espirituales como temporales, porque todos son ministros de Dios, y de él tienen la autoridad. Lo tercero se requiere, que la comision, ú omision sea voluntaria; porque lo que se hace sin consentimiento de la voluntad, no es pecado, como (por ejemplo) quando uno blasfema estando durmiendo, ó ántes que haya llegado al uso de la razon, ó no sabe que aquella palabra sea blasfemia; en tal caso el hombre no peca, porque falta el consentimiento de la voluntad.

D. Ya he entendido, qué cosa es pecado: decidme ahora, qué cosa sea vicio?

M. El vicio es un mal hábito, ó un mal uso de pecar, adquirido con pecar á menudo, de donde nace, que la persona peca más fácilmente, y con mayor atrevimiento, y alegría, como (por ejemplo) decimos, que uno es

trar cuantas eran sus riquezas y poder; y encima de la puerta mandó esculpir estos ver-

blasfemador ó jurador, cuando, está acostumbrado á blasfemar ó jurar; de suerte, que el blasfemar es pecado, y el ser blasfemador es vicio; y así diremos de todos los otros vicios.

D. Es gran mal el pecado?

M. Es el mayor mal que se puede hallar, y aún él solo es absolutamente malo, y desagrada á Dios más que cualquier otra cosa; lo cual se conoce por esto, que no se le da nada á Dios de destruir y perder las cosas más nobles y preciosas que tiene, por castigar el pecado. Si un Príncipe tuviese un vaso de plata, ú oro riquísimo de mucha belleza, y hallando dentro de él algun licor hediondo, se disgustase tanto de ello, que hiciese romper aquel vaso, y echarle en lo profundo, del mar, sin duda que diriais, que aquel Príncipe tenia grandísimo aborrecimiento contra aquel licor. Ahora, pues, Dios ha hecho dos vasos preciosísimos, uno de plata, que es el hombre, y otro de oro, que es el ángel: y porque se ha hallado este hediondo licor del pecado en el uno y en el otro, ha roto, y echado en el profundo del infierno á perpétua miseria todos los ángeles que pecaron; y cada día va echando en el mismo lugar de perdición á todos los hombres que mueren en pecado. Y una vez por los peca-

del cuerpo, y tambien la muerte eterna del alma, si ántes de morir no somos libres del pecado, y nos movemos á estar en gracia de

dos del mundo hizo venir el diluvio, y mató á todos los hombres, excepto á Noé con su familia, la cual solamente se habia conservado en justicia.

D. Cuántas suertes de pecados se hallan?

M. El pecado es de dos suertes, porque uno se llama pecado original, y el otro actual; y este pecado actual es asimismo de dos suertes, porque el uno es mortal y el otro venial.

CAP. XVII. Del pecado original.

D. Qué cosa es pecado original?

M. El pecado original es aquel con que nosotros nacemos, que nos viene por sucesion de nuestro primer padre Adán; y para entender esto mejor, es necesario que sepais, que cuando Dios hizo al primer hombre y la primera mujer, que se llamaron Adán y Eva, les dió siete dones. Primeramente les dió su gracia, por la cual eran justos, y amigos de Dios, é hijos suyos adoptivos. Lo segundo, les dió grande ciencia para saber hacer el bien, y huir del mal. Lo tercero, les dió la obediencia de la carne al espíritu, porque no se moviese á deseos ilícitos contra la razon. Lo cuarto, les dió una prontitud y facilidad grandísima para hacer bien y huir del mal, y no les dió sino solo un Manda-